

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

*El punto, la esfera y el blanco **

Marco Aurelio, *Pensamientos*, versión de Antonio Gómez Robledo, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, UNAM, México, 1993.

Siguiendo las recomendaciones que a sí mismo se hace el autor de *Pensamientos*, no abrigan estas líneas elogio alguno.

Marco Anio Aurelio Vero: varón, sabio, poderoso. ¿Acaso puede un ser humano correr con mayor suerte? *Pontifex maximus* y filósofo: “¿el viejo sueño platónico?”¹ La asociación parece inevitable aunque no por ello deje de ser cuestionable. De Marco Aurelio no sabemos las impresiones que pudo haberle causado la lectura del apretado programa de estudios ideado por Platón con miras a la formación de sus filósofos gobernantes. Una propedéutica vigorosa y planeada para que el aprendiz, dotado de una naturaleza idónea, llegue a rebasar el ámbito de las hipótesis y a vislumbrar el bien que les da fundamento, para luego verse forzado a obrar en pro del bien común. Marco Aurelio, cónsul a los dieciocho años, estuvo confrontado con el celo por el bien común a temprana edad. Sus *Pensamientos* no denotan un gusto marcado por la argumentación y mucho menos por las especulaciones metafísicas. Tampoco le molesta el carácter eventualmente hipotético de éstas. Comprime las doctrinas estoicas a

lo esencial: la ética, sin siquiera retomar las elaboraciones teóricas en torno a la física y a la lógica, que algunos de sus antecesores consideraban como la antesala de la primera de estas tres disciplinas.

Se trata, al menos en apariencia, de un pensamiento simple, cosa que su autor parece haber querido cuando dice que sólo se trata de insistir en unos pocos contenidos... y de tener un buen estómago, para lograr “pautar su vida acción por acción”² *kata phisin*, según la naturaleza. Un pensador enfocado a la *praxis* cotidiana, un pensador romano que escribe en griego una ética de legionario,³ una ética de la *taxis* (posición): se trata de conocerse a sí mismo, lo cual implica estar consciente, no sólo de su posición en el seno del universo y de los deberes que dicha posición conlleva, sino también de su peculiar cometido en tanto que emperador. Pero esta ética no es estática. Propugna un tipo peculiar de movimiento. Si lo descomponemos, partimos de una tensión:

El arte de vivir —escribe Marco Aurelio— aseméjase más bien a la lucha que a la danza, en cuanto debe estar uno sobre sí e inquebrantable para afrontar los ataques repentinos e imprevistos.⁴

La posición es la de un luchador, y más precisamente, la de un pugilista, sin arma en la diestra (ya que el arma le podría ser arrebatada). Así es como

la muerte, ese desvanecimiento instantáneo en la sustancia universal, ha de encontrar al hombre; sin que la acción corra el riesgo, como en el caso de la danza, de quedar inconclusa.⁵

Pensamiento de la unidad y de la cohesión:

Todas las cosas se entrelazan entre sí por un vínculo sagrado y casi ninguna es extraña a la otra, porque todas guardan un mismo orden y contribuyen al mismo mundo. Uno, en efecto, es el mundo formado de todas las cosas; un solo dios efundido por todo el conjunto, una la sustancia, una la ley, una la razón común de todos los animales inteligentes; una la verdad, por ser también la perfección de los vivientes, congéneres y participantes de la razón.⁶

Resonancias heracliteanas, sin duda: el *logos* subyacente y ordenador, del cual participa el ser humano [...] pero a la hora de delimitar la presencia de uno u otro filósofo en los *Pensamientos*, el lector se hunde en la perplejidad. El pensamiento de Marco Aurelio es una trama robusta tejida con hilos múltiples y apretados. Se buscará en balde una descripción definitiva de la estructura última del *kosmos*: providencia divina, átomos democriteanos, homeomerías anaxagóricas, flujo heracliteano, razón seminal: todo esto y más⁷ se encuentra evocado. Dando la espalda a las especulaciones físicas en las cuales se apoya sin embargo tácitamente, desconfiando de los argumentos sofisticados —un silogismo no hace feliz a un hombre— Marco Aurelio se aferra a su propuesta antropológica: el hombre, parte de un todo, viene de éste y regresa a éste; transformación palinésica que no deja lugar a una idea

que Platón quiso mucho y que estoicos como Cicerón y Séneca acariciaron: la de la inmortalidad del alma. Marco Aurelio se atiene en este punto al pensamiento de Epicteto, su maestro. Sin embargo, no por ello resulta precisamente ortodoxo su estoicismo: el hombre no es sólo cuerpo y alma, sino que consta del soma, del pneuma o soplo y de un principio director, *to hegemonikón*, el cual recibe a veces el nombre de *daimon* (guía interior). A veces se ha pensado que esta innovación con respecto al estoicismo podría deberse a una influencia platónica, aunque asumir o no esta postura implicaría un examen minucioso de la psicología del *Fedro* y de la *República* que no tiene cabida aquí y que, de tener lugar, quizá le hubiera parecido ocioso al pensador que nos ocupa.

Ante un pensamiento que parece a veces una *machina ad bellum* pero que, de serlo, se asemeja más a un caballo de Troya, el intérprete se toma las libertades que puede, desea o juzga necesarias. Nuestro traductor se toma las suyas y decide. Aparte de un estoico ligeramente platonizante, Gómez Robledo ve en Marco Aurelio una *anima naturaliter christiana*. Probablemente sea ésta la razón por la cual traduce casi siempre el verbo *amartanein* por “pecar”, cosa que no debería hacerle merecer infierno alguno, ya que en la etimología clásica, el *peccare* latino traduce muy bien el significado del verbo griego: “errar, no dar con algo”. Todo esto lo sabe Gómez Robledo mucho mejor que cualquiera. Sólo que si pretende “comunicar al lector actual la visión del mundo clásico, pero siempre en la dicción limpia y clara del lenguaje a que está acostumbrado”⁸ se corre, en el ejemplo citado, un riesgo patente: el lector, familiarizado con las resonancias que tiene la palabra “pecado” en su pro-

pia cultura y sin noticias, en este caso, de la etimología clásica, recibe a un pensador romano bautizado en la fe cristiana por magia del lenguaje.

Marco Aurelio: *anima naturaliter christiana*

El hecho de que en alguna ocasión el emperador haya ordenado que quienes confesaran la fe cristiana tuvieran que vérselas con las fauces de los leones —amenaza que fue llevada hasta sus últimas consecuencias— no permite, lógicamente hablando, inferir nada que pudiera cuestionar aquella tesis. Es perfectamente concebible que un soberano se oponga a un grupo humano cuyos ideales, en el fondo, tienen afinidades con los suyos y esto no implica que tales afinidades no existan.

“Lo propio del hombre es el amar aun a quienes le ofenden”⁹ escribe Marco Aurelio. “Texto claramente paralelo al del Sermón de la montaña (Mateo V, 44) ‘Amad a vuestros enemigos’”,¹⁰ comenta nuestro traductor. Cierto es, además, que la importancia de la benevolencia hacia los demás es un *leitmotiv* de los *Pensamientos*.

Pero en ellos leemos también lo siguiente:

El hombre es en cierto sentido y para nosotros lo que nos es más familiar, en cuanto que debemos hacerles bien y tolerarlos. Mas en tanto que algunos de entre ellos puedan interponerse en el cumplimiento de los actos que más de cerca me tocan, el hombre pasa a serme algo indiferente, no menos que el sol, el viento o una bestia salvaje.¹¹

Quien se expresa de ese modo no es precisamente un partidario de la noción cristiana de amor hacia el prójimo, sino

un estoico susceptible de *ataraxia* con respecto al mismo ser humano.

Marco Aurelio, sin embargo, no sólo es un hombre que tiene que buscar resolver la tensión inherente a las dos vertientes fundamentales de la postura estoica: la autonomía del individuo y su relación con el universo del cual es parte. Si hemos de entender los matices de la ética que día tras día construye para fortalecer su alma, quizá haya que tomar en cuenta que la parte que le ha sido asignada en el todo es una parte monumental ya que no sólo implica el gobernarse a sí mismo sino también el deber ser pastor de hombres, y este deber introduce en su pensamiento una tensión constante y vital debida a un necesario pero peculiar contacto con su comunidad, contacto en el cual radica todo el sentido de su vida y toda su concepción del bien, comunitario éste, siempre.

Una de sus exhortaciones a sí mismo resume bien esa tensión entre el afuera y el dentro:

“que tu alma, en suma, ni se repliegue en sí misma, ni se derrame fuera”.¹² Reserva en la entrega, apertura necesaria pero también necesariamente limitada. Imposibilidad de la *ataraxia* cabal. Marco Aurelio reconstruye diariamente ese equilibrio precario. Erguido en el presente, concentrado en un punto entre dos infinitos (el pasado y el futuro), persigue el ideal de la transformación de su alma en una esfera.

La esfera es una imagen del alma cuando ésta, igual a sí misma no se lanza al exterior ni se repliega en el interior, no se dispersa ni se contrae sino que brilla con una luz en la cual ve la verdad de las cosas y la que encierra en sí misma [...] si te hicieras, como dice Empédocles,

una esfera perfecta y ufana de su redondez solitaria.¹³

El pugilista, listo para cualquier suceso en cualquiera de los puntos que llamamos presente, es un alma que sueña con ser esfera y es también un arquero cuyo arco es su propia columna vertebral. Un arquero que desea apuntar al blanco del bien común en cada uno de sus movimientos. Ese bien común que hay que *tugchanein* y no *amartein*.

En pleno invierno del año 174, Marco Anio Aurelio Vero y sus legiones, ocupados en defender las fronteras danubianas del imperio, persiguen a los sármatas y libran con ellos "una batalla que

dura hasta el crepúsculo precoz de la estación. El Danubio divino, brillante en la mañana como un espejo, está ahora negro de grumos congelados de sangre bárbara."¹⁴

A don Antonio le hubiera gustado que esta escena hubiese podido verse esculpida en la columna Marci Aurelii. Sin embargo, su evocación de la batalla reclama más la pintura que la escultura. Y quisiera preguntarle: ¿para su gusto, de haberse podido pintar aquella escena... quién debió de tener el pincel en la mano?¹⁵

NICOLE OOMS

Notas

* Presentación de Marco Aurelio, *Pensamientos*, versión de Antonio Gómez Robledo, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, UNAM, México, 1993.

(En las notas, todas las referencias que empiezan con números romanos seguidos por cifras arábigas corresponden a este volumen.)

N.B. Las páginas 35 y 36 del texto griego se encuentran invertidas.

¹ Véase la introducción del autor de la traducción.

² VIII, 32. Véase también X, 16.

³ Pienso en el hoplita, en su lugar en la fila (*taxis*) y en la obligación de conservarlo. Remito al lector a la obra de Alfonso Gómez-Lobo, *La ética de Sócrates*, FCE., México, 1989, p. 58. No sé hasta dónde se puedan extender sus afirmaciones al caso de Marco Aurelio, pero sí creo que las prácticas de combate y de

gimnasia constituyen una mina de oro para la comprensión del pensamiento grecorromano.

⁴ VII, 61.

⁵ XI, 1.

⁶ VII, 9.

⁷ Epicuro también: "Si los dioses existen, todo está bien, y si las cosas van al azar, no te dejes tú, ir al azar." Marco Aurelio avala ciertas consideraciones de éste en torno al dolor.

⁸ Introducción, p. LVI.

⁹ VII, 22.

¹⁰ Nota correspondiente: no. 2, p. LXIV

¹¹ V, 20. Véase también VIII, 56.

¹² VIII, 51.

¹³ XI, 12 y XII, 3.

¹⁴ Introducción, p. XI.

¹⁵ "Paolo Ucello", fue la respuesta.